

Enrique Lizalde fue una grata sorpresa para mí. Confieso que asistí al teatro predispuesto en contra de este actor porque en lo que le había visto en televisión me había parecido un galán dueño de una hermosa voz, pero de una monotonía y de una carencia de matices que alarmaba. En el teatro, Lizalde matiza, muy poco, pero matiza, y en él esto ya es una victoria. Tiene momentos excelentes, como el monólogo del Padrenuestro, bellissimo trozo de la obra, y si se esfuerza por encontrar el matiz justo a cada frase, su actuación mejorará. Lo que no entendí es por qué camina encorvado, como si fuese un anciano decrepito; un hombre como el personaje que representa, con esa fuerza interior y exterior para enfrentarse a lo más sagrado para él, no es un anciano, y si toma de ejemplo a quien inspira la pieza, menos aún debe hacerlo. Guillermo Murray fue otra sorpresa: jamás, ni en teatro ni en televisión, había actuado, se limitaba a decir sus parlamentos en un solo tono; pero ahora, otro acierto de Retes, Murray actúa, y esto debe celebrarse. Carlos Bracho y José Carlos Ruiz siempre han sido buenos actores y sólo cabe elogiarlos, aunque al segundo le reproche tanto grito. Bien Luis Heredia entre los fanáticos y bien los periodistas y los cardenales, no así los psicoanalistas.

Obra interesante, buena dirección y buenas actuaciones. Es, por tanto, muy recomendable este *Pueblo rechazado*, que marca el inicio de la carrera como dramaturgo de Vicente Leñero, a quien le exigimos, por su talento, que siga por ese camino.

10 de noviembre de 1968

#### EL TEATRO INÚTIL

Así como en las farmacias y en las peluquerías se puede leer: "Peluquería de primera clase", o bien "Farmacia de segunda categoría", en el teatro también existen esas humillantes diferencias, y lo mismo tenemos teatro de primera clase, como *Un frágil equi-*

*librio*, de Albee, que está representando Teatro Club, que de segunda, como el Arlequín, el cual presenta siempre comedias amables, simpáticas, para pasar el rato, pero sin importancia alguna, y existe también el teatro de tercera categoría, el que por su construcción, su contenido, su dirección y sus actuaciones, es completamente inútil, baratón, mediocre y, por tanto, triste. A esta última clase pertenece *Mañana será otro día*, comedia original de Luis G. Basurto y que se presenta en el Teatro Virginia Fábregas, bajo la dirección de Víctor Moya.

Soy el primero en lamentar el tener que escribir en contra de Basurto, porque me une con él una amistad de muchos años, porque él fue de los primeros amigos que tuve en la capital cuando vine de la provincia y porque conozco su amor-pasión por el teatro, al que ha dedicado su vida por entero sin egoísmo alguno y en él ha hecho y ha perdido varias veces fortunas enormes. Es el auténtico hombre de teatro, lo mismo autor que empresario, y, últimamente hasta actor. A él se debe la frase de que en el teatro hay “soldados”, porque luchan a brazo partido por su vocación, pero nunca ha dicho que él mismo es no un simple soldado, sino un verdadero oficial de alta graduación.

Por todo eso me entristece decir que su última comedia es mala, que no tiene valor alguno porque está construida a “vuelamáquina”, plagada de lugares comunes en el diálogo y en la acción, con personajes calcados hasta la náusea de viejísimos clisés, con un conflicto dramático tan manido, tan pequeño y tan sin importancia, que su comedia se convierte de inmediato en un teatro inútil. Al menos para nosotros, los pedantes intelectualoides de la capital, puesto que también pienso que *Mañana será otro día* si fuese montada e incorporada al repertorio de la Carpa Táyita, entonces sí alcanzaría una importancia, puesto que sería vista por un público ingenuo, fresco, abierto a todo, que no sabe de lugares comunes y al que cualquier conflicto dramático le parece nuevo y hasta pedagógico. Por ser tan obvia, tan directa, tan bonachonamente ingenua, la nueva comedia de Basurto puede surtir efecto en esa clase de público, al que no estoy tratando de menospreciar, sino todo lo contrario. ¡Dichoso aquel que se conforma y hasta goza con cuanto le ofrezcan, porque de él será el reino de

la sencillez! Pero esto confirma el que hay, como en las peluquerías, teatro de tercera categoría.

¿Recuerdan ustedes aquellas películas de Pardavé en las que el inolvidable actor cómico era siempre un pobre diablo a quien la esposa y los hijos trataban con la punta del pie? Pues Basurto ha repetido el argumento a estas alturas. Don Carlos López Moctezuma descende también de categoría y de espléndido villano se convierte en un “Gutierritos” digno de lástima, no en el personaje, sino en su calidad de primer actor, porque el papel en la comedia no es como el de *Topacio*, o como *Rigoberto*, o como otras del mismo tipo que interpretaba don Fernando Soler, que toda la acción giraba en torno a él, sino que es un personaje desdibujado, tonto, sin la menor complicación o interés. La esposa es la ya clásica en estas comedietas: autoritaria, gastadora, consentidora con los hijos y despreciativa hacia el marido. ¿Cuántas veces le habremos visto desempeñar ese papel a doña Sara García? En esta ocasión Emperatriz Carbajal, de la que teníamos gratos recuerdos cuando actuaba con Pepe Aceves en el *Caracol*, se muestra insegura, temerosa del público e imposibilitada de sacarle el mínimo partido a un personaje que no tiene la menor posibilidad de provecho. Y los hijos, quienes son muy malos o muy buenos, como debe de ser, para que la acción pueda continuar. Se añade una criada que diga cuatro chistes y se sienta en el sofá de la sala con el plumero en la mano, se deja para el final al policía que inevitablemente tendrá que llegar a aprehender al pobre marido oprimido que ha salido desfalcado en su trabajo para cumplir los gastos de su familia, y ya se tiene, otra vez, la misma comedia. Y yo repito: teatro inútil.

Y si a todo lo anterior se agrega un director que siempre ha pecado de nula imaginación, entonces la escena se convierte en una repetición de parlamentos coloquiales, en un ir y venir a capricho del autor y a un desperdicio de buenos elementos como lo son López Moctezuma y Emperatriz Carbajal. Gloria Silva no adelanta en su carrera de actriz porque está viciada por malos directores que ha tenido casi siempre, y la familia Dupeyrón, que aparece en masa en esta comedia, demuestra una vez más que sin un director escénico de talento, no hay actor posible. Elizabeth Dupeyrón, aquella niña extraordinaria de *La maestra mila-*

*grosa*, es ahora una hermosa adolescente que debe tomar con urgencia clases de dicción si quiere volver a hacer teatro. Humberto Dupeyrón, quien en *Malditos* era el único que estaba bien, ahora aparece a hacer el ridículo con un personaje que se desboca fuera de esa comedia para ir a caer en *Los Fernández de Peralvillo* o en *Nosotros los pobres*, y don José Dupeyrón, quien sale a cumplir en un pequeño papel.

Luis G. Basurto, autor, no puede escribir una buena comedia, mientras Luis G. Basurto, empresario, organiza giras por toda la República, y Luis G. Basurto, actor, tiene que trabajar en dos funciones diarias. Como amigo tengo el derecho de exigirle más porque conozco su talento.

15 de diciembre de 1968

#### DRAMAS MITOLÓGICOS MEXICANOS

Desde el siglo xvii se vienen representando en México grandes o pequeñas piezas sobre las apariciones de la Virgen de Guadalupe en el Tepeyac. Durante la Colonia, estas representaciones eran loas o pasos dramáticos que se ofrecían al pueblo en los atrios de las iglesias, pero ya en los siglos xix y principios del xx, no había mes de diciembre en que los teatros dejaran de ofrecer la representación del *Milagro de las rosas*, pieza obligada por esas fechas como la *Pasión* en la Cuaresma o el *Don Juan Tenorio* en día de muertos. Por fortuna, tan piadosa costumbre fue desapareciendo lentamente y ya hacía muchos años que no tenían los espectadores de la capital la obligación de ver a Juan Diego desplegando su tilma ante un Zumárraga boquiabierto y cayendo de hinojos. El cinematógrafo fue el último que se ocupó del asunto, y así tuvimos aquella *Virgen que forjó una patria* y aquella otra donde José Luis Jiménez se consagró como el Juan Diego perfecto, y se lo tomó tan en serio que casi se acabó como actor. Pero de esto hace ya más de veinte años, y cuando creíamos que ya nos habíamos liberado de esas representaciones y que sólo